

La verbena. Por Braulio G. Bautista

sábado, 01 de diciembre de 2007

Modificado el miércoles, 31 de diciembre de 2008

LA VERBENA

Relato corto

Aquel

dé-a decidimos irnos de verbena a Bañaderos. Pocos alicientes, en cuanto a diversión se refiere, tenía la vida por entonces para una pollada como la que nosotros formá-bamos, como para que, encima, dejá-ramos escapar una verbena, un asalto, un vermouth! un jodá-o baile, en definitiva. Por Braulio G. Bautista.

LA VERBENA Por Braulio García Bautista.

Aquel día decidimos irnos de verbena a Bañaderos. Pocos alicientes, en cuanto a diversión se refiere, tenía la vida por entonces para una pollada como la que nosotros formá-bamos, como para que, encima, dejá-ramos escapar una verbena, un asalto, un vermouth! un jodá-o baile, en definitiva.

Creo que en esta ocasión é-bamos Luis Miguel "Pan de a Perra", Luis "Sardina", Manolo "El Papá-o", Antonio "El Barrabas" y yo. Sí-, por supuesto, yo también tenía nombre, o dichete: me llamaban "Yul Brynner", porque todos los veranos me pelaba casi al cero. Lo bueno de ese mote era que en cuanto me crecía el pelo ya no tenía razón de ser y dejaban de usarlo para zaherirme.

No puedo precisar como llegamos a Bañaderos. Probablemente tomamos el coche de hora y nos plantamos allí- con bastante antelación, porque lo que sí recuerdo, claramente, es que estuvimos echándonos unos "guajais" en uno de los bares que había a la orilla de la carretera que atravesaba, y atraviesa, al costero vecindario.

De pronto hasta donde está-bamos "beberretiendo" llegaron las primeras notas de las Islas Canarias, se alinea la voca de que el bailongo iba a empezar. Antes nos habían ido llegando los agudos aullidos, los acoples, de la exigua megafonía colgada en los árboles de la plaza y los reiterativos "Probando, probando" uno, dos, tres, as- que ya está-bamos pagando la cuenta- a riguroso escote, o estilo Guá- cuando, como les decía, sonaron las estentóreas notas de la trompeta de Juan Mejías atacando en el solo inicial del machacado pasodoble.

Salimos en tropel del bar y corrimos hacia la plaza. Ya había un par de parejas marcándose nuestro "casihimno". Se desplazaban por todo el recinto aprovechándose de que aun no tenían competencia. Ellas un poco avergonzadas y ellos, con la boina abandonada en la coronilla y el Kruger o el Mecánico Amarillo en la comisura de los labios, claramente inspirados por los rones con

los que acababan de cauterizar, como todos los días de Dios, sus sufridas gargantas. Competían en forzadas evoluciones, pero eso sí, muy serios, dramáticamente serios diría yo, como si en vez de estar bailando, hubiesen estado velando a un difunto.

Ya algunas madres estaban sentadas en las sufridas sillas de tijera dispuestas alrededor de la plaza y al lado de cada una de ellas, en actitud sumisa, sus endomingadas pibitas con trajes estampados y rebequitas de punto casero o de angorina, porque llegaban del mar unas rachas de brisa muy frescas y no era cosa de trancar un constipado.

Decidimos que aun no había a "material" que justificara el pagar un duro por la entrada, así que nos volvimos al bar y nos echamos otra botella de vino Brillante con unos enyesques de carne compuesta y unos manises que el dueño del bar desparramó desdeñosamente sobre el mostrador "enferrado" con plancha galvanizada.

Para cuando volvimos a la plaza, la verbena estaba en todo su apogeo. En ese momento la orquesta atacaba un tema muy en boga: "Siga el baile siga el baile, de la tierra en que nací, la comparsa de los negros al compás del tamboril" y la verdad es que se le iban a uno los pies detrás del contagioso ritmo. Pagamos apresuradamente la entrada y nos metimos de cabeza en la placita.

Pero, para nuestra desgracia, habíamos tardado mucho y ya no quedaba una piba que valiera la pena libre. Así que nos tocaba esperar, como buitres carrozneros, a que alguna dejara plantado a su pareja de baile para caerles, literalmente, encima. Y en eso estábamos, cuando alguien divisó a un bombonazo apoyado en la balaustrada en un extremo de la plaza: "¡Coño, fuerte jembra!"

De la niña en cuestión sólo veíamos la cara, de rasgos muy canarios- o sea: boca grande de labios carnosos; ojos inmensos y negros como noche sin Luna; pelo "enrizado" etc. etc. etc.- y una hermosa pechuga enmarcada por sus brazos cruzados justo debajo de donde terminaban las glándulas mamarias, como para hacerlas resaltar aun más. Todos salimos disparados hacia donde se encontraba, pero Manolo "El Papá" se metió entre las parejas danzantes y el muy cabrón llegó el primero. Cuando yo arribé jadeando no sólo por la carrerita, sino supongo que también por el deseo- Manolo ya estaba hablando con la pibita y esta le sonreía tímidamente, pero complacida. Así que me dediqué a buscar otra presa a la que pegarme como una lapa.

Después de dos o tres muchachas con las que sólo alcancé a bailar un par de piezas- pues se excusaban con el rollo de que estaban cansadas; o alegaban que sus madres no las dejaban bailar con la misma pareja más de dos veces- me acerqué a una que, literalmente, me llamaba con la mirada. La piba en cuestión, todo hay que decirlo, nunca había ganado un certamen de belleza, pero eso a mí me importaba muy poco. Lo realmente importante era poder sentir cerca de tu hambriento cuerpo, a otro cuerpo joven perteneciente al sexo prohibido y no crean los que aun no han llegado, o acaban de llegar, a peinar canas que exagero con lo de prohibido: en

aquellos pacatos tiempos, rozarse siquiera con una fñmina era todo una hazaña y entraña, incluso, ciertos riesgos fñsicos.

Me vino de perlas que la primera ãœpezãœ que bailamos fuera el tango ãœCaminitoãœ, porque ya se sabe que el tango propicia el contacto corporal. Mi mano izquierda tomã³ su ã³spera mano derecha, le pasã© decididamente mi otra mano y mi brazo por su cintura y la acerquã©, sin resistencia, a mi terreno. Me sorprendiã³ comprobar que no me ponã-a ãœel frenoãœ- casi todas las chicas practicaban esta tã³ctica contra los aprovechados y la cosa consistã-a en situar su mano izquierda en el hombro derecho del pollo en cuestiã³n, a fin de contrarrestar su abrazo de oso y mantenerle bien ãœseparadoãœ de las zonas vitales-

Ni la piba ni yo habã-amos bailado el tango en nuestras cortas vidas -todavã-a yo no habã-a recibido las lecciones magistrales que sobre ã©l me dio, aã±os despuã©s, en los bailes de Educaciã³n y Descanso, ã³frica La Churra-, asã- que tropezã³bamos continuamente, lo cual, lejos de ser un inconveniente, era algo realmente gratificante, pues, en esas faltas de sincronã-a, su pecho y su vientre se estrellaban contra el mã-o, absolutamente ã³vido de recibir esos reveladores impactos.

Poco a poco me fui llevando a la pibita hacã-a el centro de la plaza, hacia el nãºcleo de los danzantes, para perdernos de las miradas vigilantes de su madre y de su feã-sima hermana mayor- que no bailaba por obvias razones-. Por allã- me encontrã© con el resto de la pollada con los que intercambiã©, por encima de los hombros de nuestras respectivas parejas, imperceptibles seã±as de asentimiento y regodeoã©! El ã³nico que faltaba era Manolo el Papã-o. El hombre seguã-a de chã³chara con la pechugona, apoyado, muy recatado ã©l, en la balaustrada de la plaza.

Cuando mejor estaba yo, con la muchachita metida ya en tablas, extasiado de tanta cercanã-a y rozã³ndonos, de vez en cuando, los cachetes, vino la jodã-a hermana a decirle- con regocijo de primitiva maldad en la mirada y mientras le tironeaba la manga de la rebeca: ãœChacha, maye dice que ya nos vamos paã³ casaãœ. Yo, apresuradamente, le preguntã© que dã³nde vivã-a y si su madre tendrã-a inconveniente en que las acompaã±ara. Ella me contesto en voz baja y de forma melosa, que vivã-a ãœA un tiro de piedraãœ y que iba a preguntarle a su madre. Me mantuve alejado mientras hablaban entre las tres y solo me acerquã© cuando la piba me hizo seã±as de asentimiento con la cabeza.

La vieja ni contestã³ a mis buenas noches y echã³ a andar ligerita, seguida por la fea y, algo mã³s distantes, por nosotros dosã©! ã³chacho, chacho, chacho! ã³a un tiro de piedra?... casi llegamos a Arucasã©! Ahora, eso sã-, yo por el camino me cobrã© las suelas que estaba gastando. Al parecer tanto la vieja como el ãœmostroãœ de la hermanita, se olvidaron de controlarnos y jamã³s volvieron la cabeza en todo el largo trayecto para ver que hacã-amos, asã- que fuimos cogiendo confianza y, mientras caminã³bamos por la orilla de la carretera, nos dimos banquete- por cierto, a resultas de aquel ãœbanqueteãœ inconcluso, yo agarrã© una orquitis del carajo parriba, diagnosticada al dã-a siguiente por Don Ramã³n Jimã©nez, pero ya ese es otro cuento.

Cuando volvã- a la plaza donde ya habã-a concluido la

